

Heraciel
Cárdenas

los
CHICOS
toman la
PALABRA

Cómo usar las asambleas de aula
para la convivencia y la
resolución de conflictos
en la escuela

Índice

Cubierta

Índice

Portada

Copyright

Este libro (y esta colección).

Dedicatoria

Prólogo

Agradecimientos

Introducción

La obra

El escenario

Dylan y la formulación del problema

El conjuro de la ronda

Explosiones

1 Necesidad de la asamblea

El grupo como necesidad

Los temas de la asamblea
Disposiciones iniciales
Los sentidos de la asamblea
Un dispositivo pedagógico
Animarse, juntarse
Ignacio y desatar el chivo
Paulo y el candado
Richard y los vínculos

2 El vínculo pedagógico

La posición docente
Intervenciones docentes
Hacer manifiesto lo latente
Producir la necesidad
Otra posible: la institucionalización
La planificación y los intereses de los estudiantes
Muñeca de artesanos
La posición de los protagonistas
Su lógica extensión
La participación real y la inclusión
Las cargadas
Problemas mayores
La despedida

3 Palabras que crean

La identificación del problema

Pronunciar la realidad

El papel de la palabra

Dónde tomar la leche

Las formas de argumentar

El derecho al silencio

Cuando cuestan las palabras

4 Los juegos cooperativos, otro motor

El juego presta palabras

5 La disciplina escolar

Las responsabilidades comunitarias

Los reglamentos

La organización del tiempo y el espacio

Devolverla: la espiral de violencia

Aylén y Anabela: propuesta de reparación

Las sanciones

Un gran remedio para un gran mal

Bancar las resoluciones

Una noción de disciplina

Periodismo educativo

Reconocer el conflicto

6 La autoridad y el respeto

Manos

El deseo

Presencia y coherencia

Violencias, reflejos de otras violencias

El ejercicio de la función

Noción de trabajo

Autoridad y libertad

Estar de su lado y en otro también

Respeto por la palabra

7 Las asambleas y la afectividad

Un repertorio de sublimaciones

El desagravio comunitario

Llorar es humano

Nico: un adiós

Más cargadas

Las emociones y la enseñanza

8 La evaluación

El proceso de la juegoteca

Las transformaciones

Los resultados

Las calificaciones

Las mediciones

Las asambleas tienen historia

9 La construcción de ciudadanía

Elección delegada

Sentada de pie

Voces contra los desprecios

Ideas de ciudadanía y democracia

De las rondas a las asambleas

Didáctica de la ciudadanía

Las leyes y el aval

Las contradicciones dentro de la escuela

La búsqueda de la coherencia adulta

Lo particular y lo universal

Las tensiones fuera de la escuela

Esperanza como constatación

Ahora es cuando

Anexo - Ley 26.892: para la Promoción de la Convivencia y el Abordaje de la Conflictividad Social en las Instituciones Educativas

Horacio Cárdenas

LOS CHICOS TOMAN LA PALABRA

Cómo usar las asambleas de aula para la
convivencia y la resolución de conflictos
en la escuela

 **siglo veintiuno**
editores

Cárdenas, Horacio

Los chicos toman la palabra / Horacio Cárdenas.- 1ª ed.- Buenos Aires:
Siglo Veintiuno Editores, 2022.

Libro digital, EPUB.- (Educación que Aprende / dirigida por Melina
Furman)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-801-174-5

1. Educación. 2. Ambiente Educativo. 3. Recursos Educativos. I.
Título.

CDD

© 2022, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

www.sigloxxieditores.com.ar

Diseño de colección y de portada: Pablo Font

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI
Editores Argentina

Primera edición en formato digital: julio de 2022

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-174-5

Este libro (y esta colección)

La democracia es una forma de vida que se basa en una fe activa en las posibilidades de la naturaleza humana. Esta fe puede ser promulgada en estatutos, pero se queda solo “en los papeles” a menos que se ponga en vigor en las actitudes que los seres humanos muestran entre sí en todos los incidentes y relaciones de la vida diaria.

John Dewey, “Democracia creativa: la tarea ante nosotros” (1939)

Cuántas veces asentimos con la cabeza al escuchar sobre el gran propósito de que la escuela forme para una ciudadanía plena en una sociedad democrática y diversa. Y cuántas veces, en el aula, nos preguntamos cómo hacer para que esa búsqueda se traduzca en nuestra práctica diaria, tanto en las actividades que proponemos como en nuestro modo de vincularnos con los estudiantes y de acompañarlos en sus propios vínculos e interacciones.

En *Los chicos toman la palabra*, Horacio Cárdenas nos propone una forma posible y poderosa de vivir (y, de ese modo, aprender) la democracia en la escuela, en sus formas y valores más profundos. Y lo hace a través de un dispositivo pedagógico de larga historia pero no utilizado muy frecuentemente: las asambleas de aula.

Así, nos invita a un viaje entrañable y transformador, en el que recorreremos su experiencia de más de una década como maestro en una escuela primaria estatal en el barrio de Villa Lugano, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Nos relata

las historias de chicos y chicas que, sentados en ronda y con la guía del maestro, comparten lo que les pasa, conversan sobre lo que les preocupa, deciden, crean, tratan de resolver conflictos y descubren que, cuando la palabra aparece, los problemas empiezan a desenmarañarse y a volverse oportunidades de conocerse y de crecer juntos.

En cada historia y cada reflexión vislumbramos cómo esas asambleas pueden generar terrenos fértiles para aprender a conversar, a expresar lo que nos pasa, a escuchar con atención plena, y también a tratar de entender de dónde vienen los otros, cómo se sienten y, tal vez, por qué hacen lo que hacen. Aprendemos que esos espacios compartidos pueden convertirse en oportunidades para buscar soluciones en conjunto para aquello que, como grupo, nos tiene inquietos, preocupados o enojados. Y nos damos cuenta de qué manera pueden ayudar a generar acuerdos para que la comunidad del aula y de la escuela sean cada vez más eso, comunidades, en las que la empatía y la colaboración sean parte habitual del paisaje.

Horacio escribe sus experiencias y hallazgos en un tono íntimo, por momentos travieso e irreverente, rayano en la literatura, con una pluma que invita a seguir leyendo y que se vuelve “un soplidito para avivar el fuego, como dos o tres cartas ofrecidas para que el juego siga y crezca”. En ese recorrido, nos inspira a animarnos a hacer nuestras propias asambleas, y también nos da buenas pistas sobre cómo hacerlas, advirtiéndolo de antemano que “no hay martingalas: se trata de probar, ensayar, ver con qué nos sentimos cómodos” y de buscar nuestras propias maneras.

Dentro de esas pistas hay una muy importante: nuestro papel como guías y garantes del proceso. La autoridad pedagógica real -plantea- proviene del compromiso, de la presencia, del deseo de enseñar de maneras que amplíen los horizontes de las y los alumnos. Aparece entonces la importancia de que, como docentes, estemos atentos para dar, a medida que se hace necesario, guía y estructura a

esa conversación entre iguales, como con “el tridente”, que comienza por la tarea nada sencilla de formular el problema, sigue por la búsqueda de las causas y avanza en la propuesta de posibles soluciones. Y subraya la importancia de una intervención docente “atenta, sostenida, de participación sigilosa pero quirúrgica”: dar confianza, repreguntar, hacer visibles los conceptos detrás de las palabras, recoger el guante, pasar en limpio para ayudar a poner en palabras, pero sin imponer ni empujar con verdades que no surjan de la experiencia vivida.

Surge también la importancia de dedicarle tiempo al proceso, un tiempo no apurado que permita que se escuchen todas las voces, aun las de aquellos que, al principio, tienen más timidez. Dice: “La ronda se da su tiempo”, y también “ciencia y paciencia, tiempo y ruedo”.

Hace unos años, el gran especialista en educación infantil Francesco Tonucci se preguntaba en uno de sus textos: ¿se puede enseñar la participación? ¿Se puede enseñar la democracia? Y aseguraba que, si la escuela tuviera el valor de replantearse no solo como el lugar donde se enseña, se estudia y se aprende, sino también, y ante todo, como el lugar donde las propuestas culturales se viven y se practican, probablemente podría llegar a ser un espacio donde los niños y niñas crezcan respetando sus características y sus derechos, en el intercambio continuo con sus iguales y en la experiencia de la solidaridad y la cooperación.

Los chicos toman la palabra nos muestra la posibilidad de hacer realidad ese sueño, que no es un ideal edulcorado en el que la convivencia fluye sin roces, sino uno real, y por lo tanto más bello y ambicioso, que contempla los claroscuros y las complejidades de toda interacción humana. Para lograrlo, sabemos que no alcanza con declaraciones de buenas intenciones ni con enunciar acuerdos o escribir reglas de convivencia en un afiche colgado en la pared. Como todo aprendizaje importante, requiere ser

protagonistas de esa práctica de ciudadanía y reflexionar sobre lo vivido. Implica aprender a ponerles palabras a lo que nos pasa y lo que aprendimos y empezar a vislumbrar qué hacemos con eso, abrazando “el desafío de encontrar las palabras que agiten, que hurguen, que sostengan o inviten a los otros”. Encontrarán aquí muchas de esas palabras, que agitan nuestra experiencia, hurgan, nos sostienen y nos invitan a ir por más.

Este libro forma parte de la colección “Educación que Aprende”, pensada para todos aquellos involucrados en la fascinante tarea de educar. Porque la educación ha sido desde sus inicios un terreno de exploración, reflexión y búsqueda permanente. Y porque, para educar, tenemos que seguir aprendiendo siempre.

Melina Furman

Para Álvaro y Alicia, y con ellos a quienes cayeron queriendo cambiar la flor de mano.

A Paulita, Malena, Camila y Lucía, lindas, libres y locas.

Y, por supuesto, a todas las pibas y pibes del arrabal indoamericano, sonoros artífices de estas páginas.

Prólogo

¿Alguien elige la docencia para dejar que el mundo siga funcionando tal como lo hace? Quizá sí, pero este libro muestra lo que puede hacer un maestro cuando llega al aula a patear el hormiguero, para impedir que las injusticias sigan gobernando los cuerpos, las representaciones y las sensibilidades de cada nueva generación. Encontramos aquí el relato de una aventura, pero una de verdad, que no transcurre en la jungla ni entre monos, pero sí en territorios donde la supervivencia es dura y escasean las lianas para salvar el pellejo. No la protagoniza un musculoso de ropas escasas, sino grupos de niñas y niños de blancos guardapolvos que encuentran orientación, escucha y escritura en su maestro, en el espacio público de un aula que da cobijo porque crea esperanza.

Esta aventura no se gestó en Hollywood ni se ve por la tele, sino que creció, como pequeño brote de una experiencia siempre vulnerable, en un barrio popular de la capital de un país sureño. No hay por qué menospreciar las experiencias pedagógicas hechas en condiciones confortables, por equipos docentes bien pagos que trabajan con estudiantes que siempre desayunan antes de ir a clases, pero los relatos que conforman este libro no tienen ese contexto. Se desarrollan en una sociedad que acumula dolores irresueltos y pierde el rumbo repetidas veces, atribuyendo sus males a causas que no los provocan y dejando a la intemperie a quienes necesitan apoyo. Un país donde la infancia pide permiso para salir de la pobreza y se lo niegan una y mil veces, donde las necesidades se

resuelven en hazañas solidarias o no se resuelven y el mundo sigue andando.

Horacio escribe con sensibilidad, pero no con sensiblería: respeta en sus relatos la dignidad de sus interlocutores, quienes ejercen el protagonismo de pleno derecho. “Una asamblea es una práctica comunitaria ancestral”, plantea el autor y eso nos advierte que introducir este dispositivo en la dinámica del grupo escolar no es una mera cuestión técnica. Es, ante todo, un posicionamiento político. Lejos de los devaneos teóricos acerca de las posibilidades de desplegar en la escuela una perspectiva emancipadora, aquí hallamos una vía lúcida y viva de lo que puede ocurrir en un aula de escuela primaria donde se aprende el ejercicio democrático del poder, donde se despliegan palabras como herramientas de construcción colectiva, donde las diferencias no se toleran sino que se reconocen y enriquecen a las partes.

Todo proyecto pedagógico conlleva la posibilidad de torcer algún destino, de recuperar algo que hemos olvidado o incorporar algún ingrediente novedoso. Aportarle algo al mundo es el motor de la tarea docente, a veces con una expectativa ingenua y desmesurada. A poco de andar, si la ilusión no tiene sustento puede transmutar a jóvenes ingresantes a la docencia en hoscos enseñantes que refunfuñan en una sala de profesores donde la queja es reina y la derrota es ley. Tras unos pocos años de ver que niñas y niños se resisten a ser moldeados como arcilla blanda en los dedos de la escuela, los ideales devienen gruñidos. La pregunta que nos hacemos es cómo evitar que cada nueva camada de docentes llegue tan desprovista de lo que necesitará para anclar sus sueños en el suelo de una realidad que solo ofrece buenos frutos a quien sabe cultivarla. Una de las falencias gruesas de la formación docente se refiere a comprender y coordinar la dinámica de grupos escolares. Se trata de un desafío complejo y delicado, sobre el cual hay bastante teoría escrita, pero que

exige algo más que enunciados: delinear un oficio de seguimiento de la vida grupal. Este libro es la expresión de un docente que ha logrado llevarlo a cabo y, por tanto, se ofrece como herramienta indispensable para formar futuros enseñantes o para subsanar los yerros de la formación inicial en quienes ya están al frente de un curso.

Si lee este libro un docente o una docente que quiere saber cómo realizar una asamblea de aula encontrará pistas didácticas interesantes: posibles consignas y condiciones de organización para realizarlas. Sin embargo, si solo encuentra esas pistas, le sugiero que agudice la mirada, porque las señales relevantes no están en esas cuestiones prácticas sino en los secretos del oficio que Horacio va delineando en sus intervenciones, sus lecturas, sus reflexiones, sus dudas y sus yerros. Invito a esos lectores a sumergirse de otro modo en el texto, porque contiene más de lo que muestran las letras impresas y mucho de lo más sustancioso no está dicho sino sugerido entre líneas.

Este libro nos llega cuando empezamos a salir de una pesadilla colectiva que nos mantuvo en encierro durante largos días e infinitas noches, que golpeó bajo la cintura a numerosos rubros de la economía, que encendió la mecha de las tensiones en los grupos familiares y que, para colmo de males, encarceló la enseñanza escolar en frías pantallas planas. Con dolor y por ausencia, durante la pandemia descubrimos que la escuela es mucho más que la suma de clases de todas las materias, porque no caben en las computadoras ni en los celulares la vida de los grupos, los recreos, las peleas, los abrazos y las risas que caracterizan la montaña rusa de cada día escolar. La escuela es -o *debería ser o es mejor cuando logra convertirse en-* una experiencia colectiva. Si queremos entender qué es eso que ha quedado fuera de la propuesta formativa durante el tiempo de reclusión, los relatos que aporta Horacio ofrecen escenas muy ricas de todo lo que no cabe en las pantallas.

En tiempos de pandemia confirmamos también, por fracasos recurrentes, que nuestra cultura política es deficitaria: nos cuesta dialogar, anteponer el bien común a los intereses particulares, respetar reglas de juego que favorecen al conjunto y construir colectivamente las respuestas más atinadas ante lo imprevisto. Esas falencias de la sociedad argentina demandan algo de la escuela: generar democracia participativa donde no la hemos experimentado plenamente. En tal sentido, las asambleas que aquí se describen son una palestra de ciudadanía y ofrecen una imagen promisorio de lo que podría hacerse desde temprana edad para que las nuevas generaciones no tropiecen con las mismas piedras que jalonan nuestra historia.

Este trabajo muestra, una vez más, que la buena pedagogía surge de las aulas, porque es praxis que postula sus teorizaciones desde la experiencia y no pretende aplicar un saber nacido en otro lado, sino que construye ideas desde el calor de lo cotidiano, siempre lleno de contradicciones e incertidumbres. Es un honor, para mí, prologar este libro, así como fue placentero leerlo, y sé que su contenido puede encender los ánimos pedagógicos de quienes -a todos y todas nos ocurre en algún momento- flaquean en la esperanza de que nuestro trabajo genere cambios valiosos en la sociedad.

Al leerlo, recordé una vieja anécdota que escuché en el año 2002, en medio de una enorme crisis económica, política y social. La pobreza y la exclusión asolaban a muchas familias, mientras las escuelas sostenían su trabajo como podían, con docentes que también atravesaban sus cuitas y estrecheces pero no se resignaban. Con mucho dolor, dos décadas más tarde creo que nos vamos acostumbrando a caminar sobre esa brasa encendida que es nuestro país, repetidas veces golpeado, y los tiempos de crisis se parecen entre sí, mientras escasean etapas sostenidas de paz y prosperidad. En aquel momento, una

profesora de Educación Física de la ciudad de Buenos Aires propuso, como habitualmente, armar equipos para jugar en su clase. Observó que, al armar esos equipos, chicas y chicos siempre se distribuían del mismo modo: no se mezclaban, sino que invisibles barreras divisorias atravesaban el grupo, con origen fuera del aula. La docente descubrió que esos equipos tenían que ver con las jerarquías existentes en el barrio donde vivían, basadas en la calidad de los materiales con que estaban construida sus casas en la villa, junto a la escuela. Eso pasa en muchos barrios populares y se replica también en *countries* y barrios cerrados: las posiciones sociales se manifiestan en la ubicación y calidad de cada casa, expresión material de la capacidad económica de cada familia. Tras darse cuenta de esto, la profesora les planteó: “Yo sé que ustedes siempre arman equipos de la misma manera, pero les voy a proponer algo diferente: quiero que acá se mezclen”. Se miraron entre sí con desconcierto y un poco de malestar, como ocurre cuando se quiebra una costumbre normalizada. Y un chico le contestó: “Sí, profe, usted quiere eso para la escuela, pero afuera no es así. Afuera la realidad es distinta”. La anécdota podría terminar acá, con una docente que se resigna y refunfuña: “La realidad es dura... Lo que pasa afuera no se puede cambiar”. Pero ella eligió seguir, a través de una pregunta: “¿Y a vos te parece justo lo que pasa afuera?”. “No”, le contestó el chico. Eso habilitó un nuevo interrogante de su docente: “¿Y no te parece que la escuela puede ser un lugar para pensar otros modos de vivir?”. Hoy -como entonces- creo que esa profesora estaba viendo la crisis como una oportunidad para pensar y entendía que la escuela puede ser el espacio donde la sociedad genere nuevos contratos sociales y explore mejores maneras de resolver conflictos.

Recupero esa anécdota porque sentí lo mismo al leer el texto de Horacio, que contiene numerosas escenas como esa, basadas en una convicción fundante: que el aula puede

ser un lugar donde experimentar modos más justos y solidarios de relacionarnos, donde el grupo ofrezca algo de calor a quienes transitan la intemperie, donde cada cual aprenda a ejercer el poder de los gestos y las palabras. ¿Alguien elige la docencia para dejar que el mundo siga funcionando tal como lo hace? Horacio no y este libro muestra qué propone para interrumpirlo.

Isabelino Siede

Agradecimientos

Todo mi agradecimiento a los compas con quienes me formé: los de Casa Cambalache en Barracas, las de aquel Centro de Estudiantes del Normal nº 4, las del Grupo Luis Iglesias, y así a quienes desde abajo buscan otra sociedad, aprendiendo y mostrando cómo construirla.

A Diego y Gustavo, que me animaron a explorar los caminos de las asambleas en la amada Escuela nº 15 D. E. 13 “República Argentina”. A Gabriela Herrera, Alejandro Carpiello y Fernanda Petit, por su generosidad contagiosa para compartir pizarrones. Y al querido Luciano Padilla López, por garrapatear fervorosamente la columna vertebral de todo este asunto.

También a Pindo Siede, por su cálida y profunda lectura de tan interesantes contrapuntos; a Cecilia Iglesias, por cantárselo al zorzal de la siesta; a mi maestra Marta Marucco, por sus sugerencias sin *corset*, y a mi profe Roberto Gargiulo, por abrir las cerraduras; a Silvi Sánchez Valdivia, de frondosos y floridos aportes; a Jorge Narducci, lector modelo; a Andrea Arcuri por las devoluciones precisas y kilométricas; a Gabriela Saslavsky y Cristina de Vita, de apuntes minuciosos; a Pablo Imen por su elogio dialéctico del cadáver exquisito; a Andy Abeledo en conversa con recreo de fondo; a Hugo Lichtenzveig y Lili Capuano, por la relectura y el aliento; a Gastón Falzari, acomodando melones desde la Escuela Media; a Sonia Núñez y sus comentarios en convalecencia; a Graciela Andria de “locros” con tinta; a María del Carmen Bolinaga por su renuncia a lo incorregible; a Sergio Nicanoff, maestrizo lector; a Anita

Heras y sus apuntes de tornavías, y a Gabriel Hojman Sirvent, por las fértiles discusiones sobre la idea de participación real, además de la lectura completa de su tesis.

Encarecidamente, además, a Mirta Goldberg, Gustavo Casella, Lucía Litichever, Daniela Valladares, Matías Lavandeira, Aída Rotbart, Martín Caldo, Moira Payne, Sofía Spina, Paola Tarasow, Federico Cámpora, Lizi Bellini, Fernanda Arrue, Gabriela Hanna, Luciana Garatte, Marcelo Ghigliazza, Analía García y Pablo Frisch.

Y a mis viejos, claro, mis primeros maestros.
A la memoria de Vero, que nos cuida a todos desde arriba.

Introducción



Que el que quiere cambiar la flor de mano
debe ejercer la ciencia y la paciencia.

Armando Tejada Gómez, “La veleta y el viento”

La obra

Este texto es un ensamble de relatos y reflexiones nacidos en las aulas alrededor de una dinámica sencilla y honda a la vez: la asamblea de grado, consejo de aula o ronda de intercambio. Ofrecemos aquí escenas escolares anudadas con pensamientos, dudas y provocaciones. La asamblea de aula expresa una manera de trabajar la convivencia escolar y, al mismo tiempo, de nombrar y conocer el mundo, una forma de aprender mucho más profunda que la simple disposición geométrica de las sillas.

Estas páginas quieren mostrar una dinámica que está presente en las escuelas, a veces soslayada por quienes la consideran inútil y otras solapada por quienes la reputan

peligrosa. Expresan nuestro asombro ante el hallazgo -no por propia invención, sino por el periplo personal que las encontró- de este diseño intelectual para desarrollar la palabra, distribuir el poder en la escuela -históricamente tan concentrado en pocas manos, voces y cargos- y construir caminos colectivos hacia rumbos necesarios.

Recogen la experiencia de más de once años, entre 2007 y 2018, en una escuela primaria del arrabal porteño. Allí anduvimos asambleando con muchos grupos, desde tercero hasta séptimo grado. Rondeamos con niños y niñas que empezaban a conquistar la palabra hasta adolescentes que ya sabían usarla como puñal, como lazo, como caricia. Compartimos los días con pipiolos de poco diente y mucha risa, chirusas de labia afilada, pandillas inocentes de cariño desprendido. Personajes con la clásica atorrantía que imprime el barrio, las travesuras que autoriza la infancia, los enojos que sella un abandono y la convicción que brindan los sueños de un futuro bastante mejor que ese mudo y tieso de las fotos familiares.

Cada grupo con sus tonalidades, cada año con sus descubrimientos, fuimos trazando una experiencia que aquí revisamos. Al pasar, arrojamos algunas preguntas sobre el poder y la violencia, la disciplina y los límites, la autoridad y la construcción de la democracia, el anhelo de Libertad y el imperio de la Ética, con la abrigada confianza de que la escuela algo tiene que ver con todo eso.

Compartimos una selección de escenas que nos dejaron algo, aquellas que vale la pena ventilar. Hubo tantas otras que fueron parte del camino, a veces aburridas, a veces caóticas, otras tantas interrumpidas, otras pasajeras y confusas. Suponemos, sin embargo, que cada una habrá contribuido a su modo para que las elegidas tuvieran algo que mostrar.

En estas páginas están quienes aprendieron a decir adiós por primera vez y quienes se cansaron de saludar. Está el que mira junto a la que escucha, los secuaces del silencio y

las hermanas del “tal vez”. Aquí se suspiraron preguntas y se amontonaron instantes. Hay sortilegios, conjuros paganos para flamear todos los “quisiera”. Hay un búho disparando uñazos sobre la rueda que hizo andar. Un erizo sonrío y, convidando, juega por primera vez mientras Farola deja su muñeca inseparable para saltar las sogas entrelazadas. Cada quien ofrece su cruz, previene la traición y convierte su alegría en besos.

Son ruedas de índices alzados descubriendo la extensión de su dignidad.

Tal vez hayamos encontrado un tono que, en el mejor de los casos, sirva para incitar, nunca para calcar adhesivamente la experiencia. Esperamos que este texto sea como una intervención más de las habidas en las asambleas: lejos de la pretensión de verdad, lejos de la imposición o la máxima, cerca sí del interrogante humilde, como un soplido para avivar el fuego, como dos o tres cartas ofrecidas para que el juego siga y crezca.

Y, para finalizar estos breves inicios, un par de aclaraciones importantes. En los relatos de aula nos referimos a los participantes alterando sus nombres para preservar la intimidad compartida. Porque en sus parlamentos y gestos se jugaron siempre sus sensibilidades más profundas, parte de sus dolores, de sus diminutos secretos, trastocamos deliberadamente las identidades.

Los registros se basan en los apuntes de primera mano del cuadernito mismo de las asambleas, ocasionalmente en algún fragmento de filmaciones, otras veces en reconstrucciones de notas posteriores tomadas al reparo del hogar. La oralidad de nuestros estudiantes fue respetada en su diversidad de expresión; si no alcanzaron a ser textuales (por deferencia ante la gramática), se contagiaron de sus maneras, tan frescas como los ríos donde nacieron.

Por posición ideológica, además, buscamos contar con términos colectivos sin marcas de género. La mayoría de las veces nombramos a nuestra clase plural en femenino (las